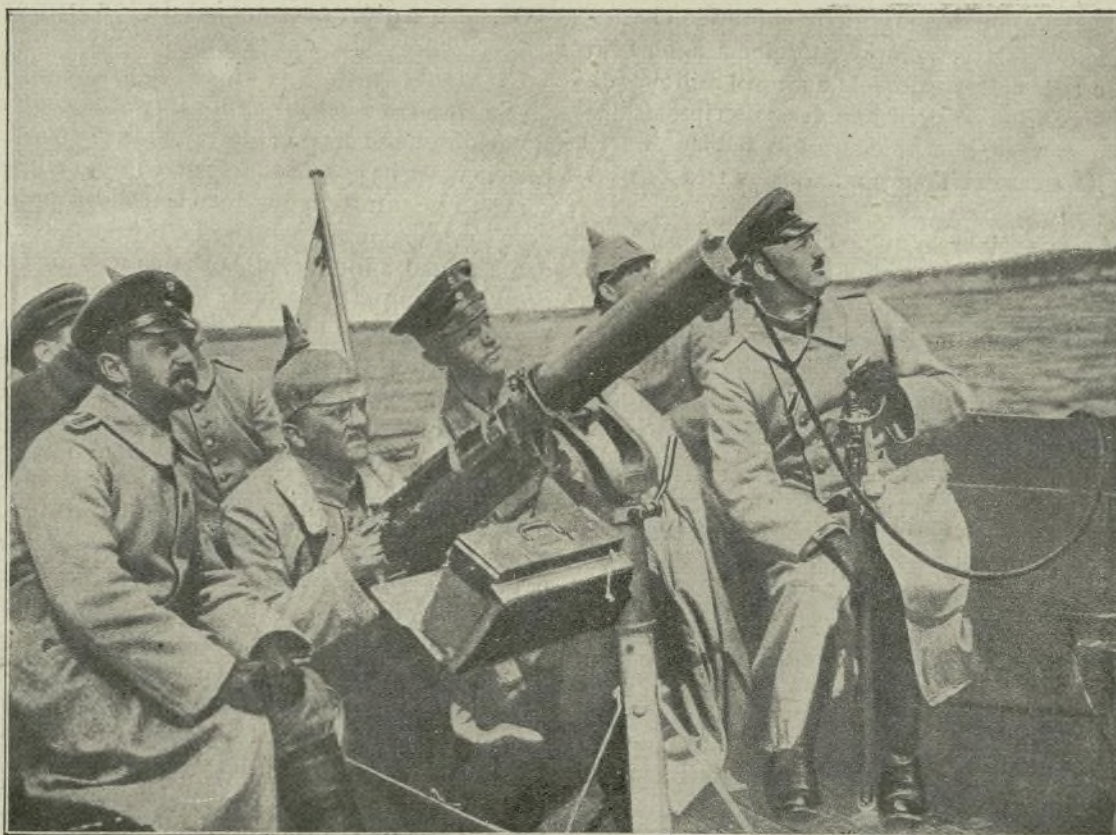


# LA GUERRA EUROPEA

NÚMERO 87.—BARCELONA 12 DE ENERO DE 1916



Oficiales alemanes disparando desde un bote automóvil contra un avión ruso, en el Niemen

## CRONICA INTERNACIONAL

I. El fracaso de dos campañas de opinión.—II. El cambio de régimen político en China.—III. La unión comercial de los Imperios centrales

### I.—El fracaso de dos campañas de opinión

Resueltamente, a los aliados no les protege la veleidosa fortuna en sus campañas de opinión; en los campos de batalla les ha vuelto desdeñosamente las espaldas.

Los lectores tendrán seguramente noticia de la llamada campaña de Lord Derby, que fué una especie de cruzada, admirablemente organizada, para promover el alistamiento voluntario en Inglaterra; los medios y la ejecución han dejado muy atrás a los empleados anteriormente por el Gobierno, y se tenía por todos la persuasión de que el llamamiento de Lord Derby sería un éxito resonante; los resortes gubernamentales se pusieron al servicio de tan loable empresa, y la prensa y el público en general ayudó con todas sus fuerzas. ¿Cuáles han sido sus resultados? Esta es la pregunta que repetidamente se ha dirigido al Ministerio en las Cámaras, y la respuesta no puede ser más lacónica y desalentadora: el Gobierno no puede dar a conocer el número de los alistados.

¿Será acaso el millón, para el cual pidió recientemente nuevos créditos Mr. Asquith? No, porque a la sazón aún no había terminado la campaña de Derby, y porque de haberse llegado a cifra tan satisfactoria no había motivo para ocultarla, antes al contrario. ¿Cuántos son? Todos lo preguntan y nadie lo sabe.

Ese crédito concedido a mister Asquith ha suscitado otra cuestión interesante. Dijo el presidente que se trataba del cuarto millón, y al ser interrogado sobre si estaban presentes en filas los otros tres, si el ejército inglés se componía efectivamente de tres millones de hombres, contestó lo que antes: el Gobierno no podía hacer declaraciones sobre este punto.

No es extraño que al cotejarse los efectivos probables que los ingleses tienen en Francia, Egipto, Mesopotamia, Salónica y la metrópoli, haya muchas personas de aquella nacionalidad que exclamen: ¿dónde se encuentran esos tres millones de hombres? Y de aquí la sospecha que todo ello sean cifras fantásticas para impresionar a sus aliados y demostrarles los extraordinarios esfuerzos que está

Ayuntamiento de Madrid



haciendo Inglaterra. Lo positivo es que llevamos año y medio sin que se descorra el velo que encubre este misterio, porque aunque no sepamos la cuantía de las fuerzas militares francesas, alemanas, rusas, austro-húngaras... los hechos pregonan que son muchedumbres de millones, mientras que los millones de ingleses no asoman por parte alguna.

Otra ardorosa campaña de opinión ha conmovido a Francia con motivo de su último empréstito de guerra. Dolía al pueblo más rico del mundo el estuendo éxito del tercer empréstito alemán: no sólo fué cubierta la colosal suma de doce mil millones de marcos, sino que anticipando los suscriptores los plazos de entrega, al cabo de un mes habían ingresado en las arcas del Tesoro más de las tres cuartas partes de aquella cantidad.

Fácil es imaginar lo que escribió la prensa francesa para conseguir que el esfuerzo financiero de su país superara al de la nación enemiga; pero, dejándose llevar de la impresionabilidad y de la exageración que tantas candideces le ha hecho decir y tan mala reputación de augur le ha conquistado, vaticinó un resultado maravilloso, que asombraría al mundo. Y, en efecto, al día siguiente de cerrada la suscripción no se volvió a hablar del empréstito. Interrogado el Gobierno, dió la misma respuesta que Asquith en Londres: no era prudente declarar el capital suscripto. Y los periódicos abordaron de nuevo los temas ya manidos.

¿Es poco patriota el pueblo francés y se niega a contribuir a los gastos de la guerra? Nada tan lejos de la verdad. El poco éxito de la operación financiera hay que achacarlo al convencimiento que va arraigando en el país de que todos sus sacrificios se realizan en honor, provecho y conveniencia de Inglaterra; sospecha que su dinero se va a Rusia, emigra a los Estados Unidos, se desvía hacia Italia, y no se emplea exclusivamente en lo que interesa de un modo directo a Francia. A buen seguro que si se prescindiera de Salónica, si los ingleses evacuaran Flandes y enviaran sus dreadnoughts a la batalla, el dinero francés saldría de las arcas en cantidades incontables; ahora ¿han de sumarse a las cargas y humillaciones de la invasión, los sacrificios y la ruina en provecho de los que no hace veinte años, y durante siglos, fueron sus más temibles y enconados rivales? La lección, no por callada menos elocuente, no repercutirá en las alturas, porque el pueblo francés posee muy arraigada la buena cualidad del silencio y la resignación, cuando llegan los tiempos duros.

## II.—El cambio de régimen político en China

La elevación al trono de Yuan-Chi-Kai, que era presidente de la República, contra la voluntad, repetidamente manifestada del nuevo Emperador y por el voto unánime de todo el país, ha sido un hecho que ha despertado vivas inquietudes en el Japón. La prensa inglesa disimula torpemente su disgusto, lo que hace pensar que la mano alemana ha intervenido en aquella mudanza de régimen. Sabido es que China, desde muchos años atrás dentro de la influencia alemana, habíase inclinado aún más en este sentido durante la presidencia del nuevo soberano. Si los alemanes han transformado en seis me-

ses el ejército turco, ¿qué podrán hacer con el chino? ¿Será China quien venga a los alemanes y reintegre al Japón en el perímetro de sus islas? ¿Peligrará pronto la India? Dejemos que el tiempo dé su respuesta infalible, y limitémonos a consignar la reconstitución del imperio chino, acontecimiento que puede interesar a Europa y América más de lo que imaginan algunos.

## III.—La unión comercial de los Imperios centrales

Se empieza a debatir en los Imperios centrales la situación que se creará al terminar la guerra. La experiencia les ha enseñado los gravísimos peligros que correrán mientras no dominen las salidas marítimas, y no hay esperanza de que se logre destruir la formidable escuadra inglesa; el Adriático será una puerta precaria, aunque Italia fuera vencida, por la intervención de la flota francesa. El bloqueo marítimo y continental, intentado por la *Entente*, ha fracasado poco menos que providencialmente, pero Inglaterra sabe ya lo que de él puede esperarse, y si se presenta ocasión de emplearlo otra vez lo hará mejor y sin omitir ningún detalle. Esta eventualidad preocupa más a los dos Imperios que el poderío militar de sus enemigos, y como no en balde se ha entronizado allí la previsión, los gobernantes no dejan para más adelante la investigación de los medios defensivos, sino que se ocupan ya en ellos.

Las colonias lejanas y el comercio trasatlántico sólo son seguros si se domina en el mar. La nación que funde su prosperidad y riqueza en las transacciones con Africa y América, sin ser dueña de los mares, está expuesta en todos los momentos a la ruina, a la bancarrota, a la desesperación y a la pobreza. Estos son lujos de ricos; pero ¿habrán de renunciar a todo los demás? Las victorias militares ¿no es posible que tengan consecuencias de orden comercial?

Felizmente para los Imperios centrales, no es menester ir a buscar la riqueza ni el sostenimiento de la vida interior al otro lado de los mares. Los ingleses, maestros insuperables en estos achaques, han demostrado, apuntando a Mesopotamia, que no se equivocaban los alemanes cifrando grandísimas esperanzas en el ferrocarril de Bagdad. Ahora, el pensamiento se ha engrandecido, y se ha comprendido que en el Occidente de Asia, se puede encontrar un mercado tanto o más espléndido que en los de Africa y América. Toda la Turquía asiática, incluyendo la Arabia, el Afganistán, el Turquestán y Persia, forman un territorio tan dilatado y no menos rico que el Indostán, y para llegar y extenderse en él no es menester recurrir a las rutas marítimas. ¿Por qué dejar a Inglaterra y Rusia que imperen en Persia y a la primera que se vaya adueñando mercantilmente de Afganistán? Al contrario, hay que desalojarlas de esos países y procurar penetrar más en el corazón de Asia, contando como se cuenta con la cooperación de China, tan interesada como los mismos germanos en esta empresa.

Para conseguir objetivo tan trascendental, que cambiaría la balanza comercial del mundo, es necesario que al firmarse la paz se encuentren aquellas codiciadas comarcas fuera de la competencia que pu-



dieran hacer rusos, ingleses, franceses e italianos; y para ello nada mejor que concertar una unión aduanera con Bulgaria y Turquía, probablemente también con Grecia, de suerte que viniera a formarse —en el concepto de las importaciones y exportaciones, del tráfico en general— una sola nación que comprendiera el centro y el S. E. de Europa y todo el occidente de Asia. El plan es tan grandioso como difícil, porque el concierto ha de establecerse en un pie de perfecta equidad y ha de resultar igualmente ventajoso a todas las partes; y cuando se trata de intereses nadie es desprendido. Otros problemas no menos áridos han sabido resolver los austro-alemanes, para que vacilen en acometer el apuntado con esperanzas de ponerle feliz remate.

Un acuerdo de esta amplitud modificaría el eje político del mundo, a la par que el comercial; y a la larga conduciría también al dominio del mar. Este es el objetivo más trascendental que habrá provocado la presente guerra, y de ello se dan perfecta cuenta los ingleses, a quienes aterran más las derrotas económicas y mercantiles que los desastres militares, porque las primeras quebrantan los cimientos de la Gran Bretaña, mientras que los segundos son heridas que se curan siempre, pronto o tarde.

La idea fué lanzada en la prensa y en los círculos financieros de Alemania, y ha sido recogida en Austria, habiendo repercutido también en Bulgaria y por de contado en Turquía. Antes de que madurara, ha desaparecido de la escena y apenas se habla de ella. ¿Acaso es porque ha abortado, a causa de las dificultades que se le oponían? Por poco que se conozca a los alemanes, habrá de rechazarse esta hipótesis; las dudas se desvanecen, reflexionando en el poco entusiasmo con que los alemanes hablan de sus colonias y el escaso interés que sienten por las que han perdido. Gente práctica y colonizadores de última hora, su amor propio no está empeñado en obras de expansión, y como las miran desde el punto de vista del negocio, nadie titubea en abandonar el que no reúne garantías y correr tras el que rinda más pingües beneficios. ¡Asia lo primero! Después, no antes, podrá pensarse en el África del Sur y en las islas del Pacífico. Tal es el lema que parecen haber adoptado los fabricantes y las grandes compañías austro-alemanas. No por eso sobrarán la escuadra, ni las flotas mercantes, porque se cuenta con dar un fuerte golpe a la rusa y monopolizar casi el transporte marítimo del Imperio de los Czares.

Si se realiza el deseo alemán, se formarán dos grupos de potencias, y no será posible que las demás se sustraigan a ellas y permanezcan aisladas, porque perecerán en plena paz. Aguardemos, pero observando las salpicaduras económicas de la guerra, tan graves y temibles como las militares.

F. LARIN.

## AL FRENTE AUSTRO-HÚNGARO EN GALIZIA

(De nuestro corresponsal)

Del cuartel de la guerra a Kaschau.—  
Impresiones del camino

V

A las diez de la mañana tomamos el tren en la estación de Nagy-Bittse, en dirección E., hacia el

frente. El grupo está formado por el mayor Schröter, el activo capitán aposentador, dos tenientes y seis corresponsales de guerra. Hasta la estación nos acompañan varios oficiales y corresponsales que se quedarán en el pueblo. En medio de los saludos y risas de todos, se pone el tren en movimiento. Otra vez el valle del Vag. A ambos lados los peñascos descubiertos cortados a pico. Sillein, Rosenberg, Lipto son estaciones principales. Entre éstas hay una porción de otras más pequeñas, que en otros tiempos deben ser focos de paz y tranquilidad; pero que ahora están animadas por un conjunto de gentes de todas edades, calidades y lenguas. Rutenos, polacos, húngaros, judíos, alemanes... Son los millares de fugitivos que huyeron ante la invasión rusa y ahora vuelven poco a poco a sus antiguos hogares devastados por la guerra. En todas las caras se nota la ansiedad y desasosiego que causa el temor de lo desconocido, de lo que pudo ser de su haber en manos enemigas, bajo la acción implacable de los shrapnels y las granadas. Son viejos y ancianas harapientos, descalzos, que en la prisa de la huida no pudieron sacar de los pueblos amenazados por el fuego y las balas, más que sus cuerpos mismos y sus hijos, para quienes formaron la base de un bienestar futuro en largos años de paz, ahora quizás transformada en cenizas y ruinas: todos los esfuerzos de su vida entera para asegurarse una ancianidad tranquila los arrastró consigo un momento de guerra, como arrastra un huracán las hojas secas. Son mujeres en pleno vigor de la vida, un hijo en los brazos o a las espaldas, cuyos maridos requeridos para la defensa de la patria las han abandonado el fruto de su amor en las entrañas: sus ojos se dirigen hacia el suelo, sus labios besan incansables las pálidas mejillas del nuevo sér que al nacer quizás no tuvo padre ya. Son jovencuelas, mozas garridas y niños de escuela, para quienes la vida no ofrecía sino placeres y alegrías, y ahora ven trocado el mundo entero; abren sus grandes ojos negros, asustados al primer golpe impío del destino, como si quisieran descubrir en lontananza una luz que aclare el negro y la soledad del presente. Es la miseria que sembró la guerra...

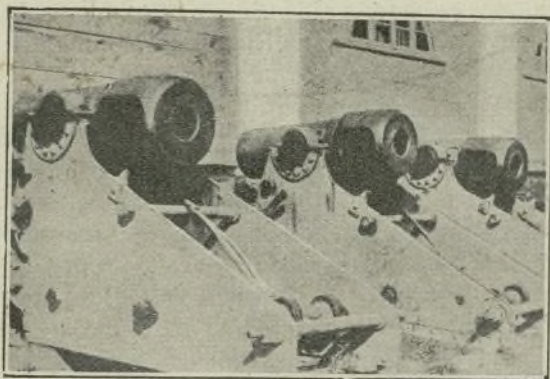
Un niño de la mano, un lío de ropas colgando del brazo, se encaraman lentamente en los vagones. El cuadro se repite ininterrumpido, en cada estación, cada vez más numeroso, cada vez más intenso y más conmovedor. El camino lo hacemos muy lentamente.

Trenes van y vienen, que encontramos, cruzamos, alcanzamos. Todos están repletos de soldados. Los que hacen mas ruido en la algarabía de sus idiomas sin número, son los que van al frente, a la lucha. Al pasar junto a nosotros prorrumpen en hurras y vivas, saludando respetuosos y alegres todo uniforme de oficial de nuestro tren. También los hay en que reina un silencio absoluto y ostentan una cruz en sus ventanillas. Transportan heridos hacia los lazaretos y hospitales del interior del país. Es de ver cómo el mismo gentío gritón y ruidoso de las estaciones y trenes, apaga su alegría y omite todo ruido que pueda molestar a los pacientes, apenas se acerca un tren de estos.

Durante todo el trayecto encontramos este aspecto guerrero de la región. La alegría sin igual de los soldados y el contento de ir a luchar por la pa-



tria, reunidos a la miseria que es causada directamente por los hechos de armas. Trenes, unos tras otros en fila interminable, a cuyas ventanillas asoman apretadas las cabezas cubiertas por el gracioso képis gris azul de los soldados austriacos. En las plataformas se ven muchas veces las humeantes cocinas



Morteros rayados, del año 1867, abandonados por los rusos en Novo-Georgievsk

de campaña, como pequeñas locomotoras tiradas por las grandes. Cuecen constantemente el famoso *gulasch*, guisado húngaro de mucho consumo en estos países, procedente de Hungría. De ahí que los soldados denominen estas cocinas ambulantes con el nombre significativo de «Gulaschkanonen», pues de sus entrañas sale el sabroso guiso, como de los cañones de 42 las granadas, humeantes y chisporroteantes.

Después de abandonar el Vag, que sube hacia el Norte en un estrecho cañón rocoso del Tatra, asciendo la vía rudamente. El paisaje es magnífico. A nuestra izquierda se levantan los picos de Gerlsdorf, quizás los más elevados de los Cárpatos, formados de rocas calizas abajo, en estrías horizontales que van adquiriendo un color azulado, primero ligerísimo, después más profundo, a medida que aumentan en elevación, hasta confundirse con el azul del cielo en esta mañana de sol, como si de él adquirieran el color que ostentan. A la derecha los montes son más bajos y de una vegetación más abundante. Cuando pasamos frente a una quebrada de la cordillera, entre dos elevaciones escarpadas, descúbrese en el S. picos de menor elevación, decrecientes, de faldas más extendidas y más oscuras, donde brillan cual blancas ovejas que pastaran tranquilas, los claros techos de caseríos selváticos iluminados por los rayos de mediodía del astro rey.

El camino desciende enseguida lentamente y el tren se desliza sobre los rieles de hierro; con mayor majestad y menos ruido, impulsado por la inercia que aprovecha para rehacerse de sus esfuerzos perdidos. Para colmo de nuestra felicidad, háse hecho cargo del almuerzo el capitán aposentador y se ha esmerado en el arreglo del menú, regado abundantemente con el vino de la región, el Tokayer húngaro.

Al humo grato del cigarro escuchamos las palabras sabias del profesor sueco, Dr. Serenson. Es un amigo sincero de la poco conocida filosofía húngara y nos la ensalza, fundando su glorificación de la vida y de los placeres terrenales en la naturaleza misma del país que habitan los húngaros desde hace

tantos siglos, que despierta y sostiene en sus habitantes el amor de la existencia, aun en la mayor miseria y tras de los más ingratos contratiempos.

Töhne, el prestigioso pintor del «Simplicissimus», ha encontrado en mí un agradable compañero, en cuanto le ayudo con mi participación a descubrir las bellezas de la región. Su ojo de artista, descubriendo todas las variantes del paisaje, no deja pasar inadvertido ningún aspecto nuevo. Ve cómo las casas son cada vez más bajas y más pobres, comparadas con las de los Cárpatos occidentales, más ricos y poblados. Los apacibles chalets, que a veces parecían verdaderos palacios, con jardines y bosques bien cuidados, ya no se presentan a nuestra vista. De vez en cuando descubre la mirada sobre las rocas, en la cúspide de un cerro, las espesas paredes carcomidas de algún viejo castillo en ruinas, remoto indicio del poderío de algún señor feudal. En las praderas cada vez más amplias y planas, que unen los montes, brilla el trigo, como oro en espigas, maduro ya para la siega; también lo hay ya cortado, parado en montoncitos equidistantes, esperando la mano robusta que lo lleve a la trilla. Los habitantes de la región respiran pobreza, sus coloridos trajes están sucios y desarreglados.

Cuando volvemos un instante al corrillo que se ha formado en torno del profesor Serenson, escuchamos a éste disertar todavía ya no sobre los húngaros, sino, remontado al pasado, sobre «los hunos, que venidos de las fronteras de la China, hicieron retroceder ante su furor salvaje a todos los pueblos que encontraron al paso. En esta dirección—agrega, señalando con la mano extendida un punto imaginario tras los montes,—junto a Tokej, que presta el nombre al vino que hace un momento ensalzábamos, allí tenía su palacio magnífico y rico el temido Atila, señor de los hunos, cuyo poderío aumentó la valentía incomparable de sus pueblos, en tal grado,



Oficiales búlgaros, observando los movimientos del enemigo

que a su voz obedecían los más variados pueblos, desde el mar del Norte hasta los Alpes y desde el Rhin hasta el Cáucaso; los orgullosos emperadores de Bizancio pagábanle anualmente un tributo de dos millones de marcos y su soberbia llegó hasta el gra-



do de aspirar a la mano de una princesa de sangre imperial del Imperio romano de Oriente...»

Más moderno es el cónsul general von Roylh, actualmente corresponsal de un diario holandés, quien conoce en detalle toda la campaña austriaca. Su mayor contento lo producen las gentes de las estaciones, a quienes interroga en todos los idiomas sobre asuntos del pueblo y de personas conocidas. Desde el principio de la guerra se incorporó al cuartel de la Prensa austriaco, y sabe contar mil episodios de que ha sido testigo.

En Kaschau bajamos a comer al restaurant. Instalados de nuevo en nuestros respectivos cupés empieza a andar el tren. Mientras tomamos el café y fumamos el cigarro de sobremesa, se va escondiendo el sol tras de los picos coronados de luz, el nácar y oro del cielo en el horizonte va debilitándose por grados, hasta desaparecer por completo, y el azul del firmamento se obscurece, para formar el fondo negro salpicado de estrellas.

J. C. GUERRERO

Estío de 1915.

## ¡DIVIDE Y VENCERÁS!

¡Divide y vencerás! es una de las viejas máximas de aplicación en todos los tiempos y a todos los pueblos. Por la especial composición de los dos grupos de alianzas, la de los Imperios centrales, a la que se sumaron después Turquía y Bulgaria, ha tenido una comunidad de intereses casi absoluta, que ha facilitado la comunidad de objetivos militares y por consiguiente la dirección general de las diversas operaciones. Ha contribuido al mismo resultado la circunstancia de figurar en este grupo una potencia, que, por su excelente organización y preparación y su gran potencialidad guerrera y económica, la colocaban sin disputa a la cabeza de la coalición; y el soberano de esta potencia, el Kaiser alemán, había demostrado ya de antiguo poseer tantas y tales cualidades relevantes, que por asenso tácito y unánime, más que expreso, sobre él ha recaído la gloriosa pesadumbre de empuñar el timón de la nave en que iban embarcados los cuatro pueblos, sin que ninguno de ellos tuviera que arrepentirse de tan firme, sabia y previsora dirección.

En el grupo opuesto, la diversidad de intereses se reveló desde el primer momento. ¿Cómo concertar los de Rusia e Inglaterra, ni en Europa ni en Asia? ¿Cómo compaginar los deseos italianos de supremacía en el Mediterráneo, con la situación en ese mar de Inglaterra y Francia? ¿Cómo poner de acuerdo las aspiraciones de Serbia y Grecia a extenderse junto al Adriático, con la resuelta actitud de las grandes naciones que se llaman sus protectoras? Por eso, la guerra en los diversos frentes se llevó de un modo descosido, haciendo cada cual la guerra que a él particularmente le convenía, sin que las tentativas de Rusia para servir a Francia e Inglaterra sirvieran más que para precipitar sus desastres. Únicamente Francia e Inglaterra han obrado constantemente de acuerdo, en lo esencial, hecho que sorprenderá, por lo inusitado y reñido con la lógica, a las generaciones que nos sucedan, si no es que sorprende antes a los mismos protagonistas del acuerdo,

cuando la paz y el alejamiento de los sucesos presentes vuelva la serena reflexión a las mentes.

Inglaterra, primera potencia naval del mundo, y Francia, la más fuerte en tierra después de Alemania, constituyen una formidable alianza, robustecida por reunir ambos países la mayor fuerza financiera del mundo. Pero como en toda coalición una de las partes ha de ejercer necesariamente la hegemonía, porque no cabe el perfecto equilibrio ni la igualdad de sacrificios, la ha asumido la Gran Bretaña, imponiendo su voluntad y sus planes.

Está, pues, formada la *Entente* y sus auxiliares, prescindiendo de Bélgica, Serbia y Montenegro, que apenas pesan ya en la balanza, por dos potencias que obran por cuenta propia y que en realidad no pueden proceder de otra manera, Rusia e Italia, y otras dos, estrechamente unidas, Inglaterra y Francia, que forman el nervio de su bando. La lucha, en el fondo, está entablada entre Alemania, por un lado, y la Gran Bretaña y Francia, por otro. Todos los demás son simples acólitos.

El triunfo de Alemania depende de la estabilidad de la *entente* anglo-francesa. Si pudiera romperla, sería más fácil batir a los franceses y la victoria no ofrecería dudas. Esto lo ha visto Alemania hace muchos meses, y con la férrea perseverancia que caracteriza todos sus actos en los últimos treinta años, está persiguiendo la separación, ya que no la discordia, entre sus dos más temibles enemigos; las campañas de Rusia fueron el primer paso; no podía pensarse en atacar a Inglaterra, mientras las fronteras propias no estuvieran a cubierto de todo peligro. La invasión de Serbia ha sido la medida preliminar, y ella ha abierto los ojos a los aliados. Libre el camino de Oriente, el empuje alemán seguirá la ruta de Constantinopla para atacar a los ingleses en sus órganos más delicados y vitales. No se pensó en una empresa de tanto vuelo en los primeros meses, porque Alemania esperaba encontrarse frente a frente de su mayor enemigo en las costas belgas del mar del Norte; las quiso tomar como bases de sus golges contra la escuadra británica y como camino necesario para destrozar al ejército de French, pero la abnegación francesa y la retirada de la escuadra inglesa de alta mar, hicieron fracasar el plan. En tanto el ejército francés preste todo su apoyo al británico y posponga sus objetivos naturales a los del aliado, nada tendrán que temer las islas y serán vanos cuantos esfuerzos haga Alemania contra ellas. En la imposibilidad de encontrar la solución en los mares próximos y junto a los territorios nacionales, Berlín tiene que ir a buscarla al Oriente, a Egipto, Persia e Indostán. Hace cerca de un año que se adoptó este partido, próximo ya a su realización.

¿Qué se propone Alemania llevando sus armas a tan lejanos parajes? Ante todo, poner término a la unidad de acción franco-inglesa, dividir a los dos pueblos. Si la situación se pone seria en Oriente, como los frentes amenazados son inmensos y numerosísimos los puntos de ataque, enormes habrán de ser los efectivos de los ejércitos que los guarden y protejan; todos sus prodigiosos recursos navales serán necesarios para que la expedición no perezca por asfixia; cesará de ser Flandes lo interesante para Inglaterra; y como la defensa de la metrópoli no exigirá ni tantos hombres, ni tantos gastos como los



que impone la lucha en Francia, esta última nación quedará constreñida a valerse de sus solas fuerzas. Esto es lo que desea Alemania, porque sabe que mientras detrás de Francia esté Inglaterra, la primera no confesará ni aceptará su derrota.

¡Empresa grandiosa en sus comienzos esta de la guerra en Asia y en Egipto! Pero sólo en sus comienzos; alzado el telón, nadie puede presumir lo que acontecerá: lo mismo pueden multiplicarse los obstáculos opuestos a los alemanes, hasta hacerse invencibles, que derrumbarse el gigantesco edificio británico, cual conmovido por las trompetas del Jericó moderno. Porque ¿quién sabe lo que hay detrás de las fronteras de la India y al lado occidental del canal de Suez? ¿quién osara asegurar que indostánicos y egipcios guarden fidelidad a sus dominadores, en vez de alzarse contra ellos? De aquí la preocupación de Inglaterra: no ha de tomar precauciones solamente contra los germano-turcos, sino que ha de mirar al mismo tiempo a sus espaldas. El país propio se defiende con un ejército en la frontera, ejército que se siente apoyado y sostenido desde los más apartados rincones de la nación; pero un pueblo avasallado no se protege guarneciéndolo simplemente las fronteras, ni un fracaso militar tiene nunca el limitado alcance que en el territorio nacional. Una colonia, un dominio, requieren ejércitos desproporcionados con las necesidades militares, y el mejor medio de salvaguardarlos consiste en no esperar el ataque, en tomar la ofensiva antes de recibir el primer golpe. ¿Está Inglaterra en condiciones de obrar así? Mucho se ha descuidado, y no es fácil recuperar el tiempo perdido.

Si colosales han de ser los preparativos de Alemania y Turquía, mayores aún deben de ser, tal vez, los de Inglaterra. Aquellas tienen libertad de elección, y la segunda ha de atender a ser fuerte en todos los puntos y a peligros interiores y exteriores. El choque, si tiene lugar por fin, será el espectáculo más grandioso que haya presenciado jamás la humanidad.

.....

## CONVERSACIONES DE LA GUERRA

### El abogado y el científico

(El señor B).—Le traigo a V. hoy, don Subrio, un artículo, que va a reconciliarle con los ingleses.

—Difícilillo es. Entendámonos, el artículo ¿es de comer, de beber, de arder, o algo más sólido, en forma de promontorio, por árido que sea?

(El señor B).—¿Tengo yo facha de especiero? Es un artículo de periódico.

—Siendo así no se moleste V., es inútil. Charlemos, y no perdamos el tiempo en leer prosa, aunque sea del Monsieur de Marras a Maurras.

(El señor B).—¿Quiere tener paciencia, siquiera por dos minutos?

—Si antes no me duermo, sí, señor.

(El señor B).—El artículo empieza así: «En su lectura Romana de esta semana, el profesor E. B. Poulton dijo que casi todos nuestros fracasos en la guerra han sido debidos a nuestro nacional desprecio de la ciencia, y al predominio entre nosotros,

especialmente en el Parlamento y en el Gobierno, de aquel espíritu más antagónico con la ciencia: el espíritu de la abogacía».

(El señor A).—¿Maurras se ha atrevido a escribir eso?

—¡Señor A, está V. en Salónica! ¡Si Poulton es inglés, y el señor B nos ha hablado de un artículo periodístico inglés! Continúe V., señor B; no me duermo; la cosa me parece interesante, aunque presumo que acabará en punta, con la afirmación de «la victoria final» ¡Adelante!

(El señor B).—«Con esas palabras, expresó con gran claridad el principal peligro intelectual que amenaza siempre a una nación libre, pacífica y democrática. En semejante nación, el abogado listo está siempre dispuesto a desempeñar un papel preeminente, lo mismo en los tribunales de justicia que en el Parlamento. Posee una ciencia especial—la de la persuasión—, pero es una ciencia en espíritu completamente antagónica con la verdadera ciencia, porque el verdadero objetivo de la ciencia es descubrir y no persuadir. La ciencia admite los hechos de todas clases, mientras que el abogado sólo acepta aquellos hechos que favorecen a su caso. Para la ciencia, la razón es el juicio, pero para el abogado no es más que un medio de litigar; le provee de pretextos para creer lo que necesita creer, y no refrena estas creencias. Cuando el profesor Poulton hallaba del espíritu del abogado, no sólo pensaba, sin duda, en el abogado pagado que habla por o en contra de una causa, según le retribuyan para defenderla o impugnarla; pensaba también en aquel otro, mucho más peligroso, que es partidista por naturaleza...»

—¡Me tiene V. encantado, señor B! Pero no me atrevo a dejarme llevar del entusiasmo, porque es pero el golpe final, del género sainetesco.

(El señor B).—Tenga V. paciencia. ¡No conoce V. a los ingleses, don Subrio!

—¡Ya lo creo! Dígame V., señor A, ¿cuántos son los enemigos del hombre?

(El señor A).—¡Vaya una pregunta! Tres: mundo, demonio y carne.

—No, señor: uno solo, Inglaterra: porque el mundo es inglés, creo que el demonio también, y la poca carne que queda, en Inglaterra está, aunque ya le comienzan a asomar los huesos. Perdóneme V., señor B, y continúe.

(El señor B).—Ya no sé donde estaba. No importa; para el caso, es igual que salte unas pocas líneas: «Un bribón consciente sabe que es bribón y puede convertirse; es posible que haya una cierta especie de honestidad intelectual en su cinismo; pero el hombre que intelectualmente es deshonesto, el que siempre cree lo que le conviene creer...»

—¡Palabras lapidarias! ¡Grábenlas ustedes en su mente, porque bien a las claras se comprende que apuntan a lo que estamos presenciando con motivo de la guerra!

(El señor B).—«...es imposible que se arrepienta, puesto que no puede caer en la convicción de que ha pecado. Si yerra, su empeño se dirige, no a remediar el error, sino a demostrar que no ha errado».

—¡Sublime, señor B! Ese señor Poulton debe de ser un alemán disfrazado; si no fuéramos españoles, diría que es español. ¡Siga, siga V.!



(El señor B).—«Para él, todos los hechos, toda la experiencia, no son más que materiales para sus alegatos. Si los acontecimientos prueban que lo que creía es falso, aún objeta que tenía derecho a creerlo. Tales mentes, con su perversa habilidad, son la desesperación del espíritu científico. Para el espíritu científico no existe el deseo de creer, nada significa la justificación de los sentimientos individuales. La única cuestión es: ¿Cuáles son los hechos y cuál es la mejor manera de ajustarse a ellos?»

—Me tiene V. en ascuas, señor B. Estoy viendo que todo eso es una encerrona, y que el articulista es un abogado del género de los que merecen sus diatribas, y no quiere más que arrimar el ascua a la sardina británica.

(El señor A).—¡Buen desquite toma V., señor B! No había visto nunca tan impaciente a don Subrio. Coloquéle V. todo el artículo, sin perdonar punto ni coma.

—¡No tenga V. envidia, monsieur Barrés! eso no se parece en nada al famoso esperpento de «señores oficiales!», del que aún me río. Señor B, no haga V. caso del señor A, y dígame en qué van a parar esas misas.

(El señor B).—Voy a leer los párrafos finales, porque me da compasión don Subrio, y no quiero tenerle más tiempo intranquilo. Pero con una condición.

—¡No, condiciones, no! Si fuera griego o belga, acaso las admitiese. Lea V., si quiere, y si no quiere, no crea V. que me disgustaré; hasta ahora me deja V. con buen sabor de boca, y temo el amargor de la bomba final.

(El señor B).—Los últimos párrafos, rezan así: «El valor del espíritu científico y del método científico es que hacen de esta actitud un hábito, que se mantiene aún en un caso tal como el de la presente guerra, donde la fuerza de nuestros deseos nos induce a todos nosotros a creer lo que necesitamos creer. Pero el espíritu del abogado engendra el hábito opuesto, el de no dar completo crédito a las verdades amargas, sencillamente porque son amargas»

—¡Maravilloso! ¡A eso sí que se llama claridad y concisión! ¡Es superior!

(El señor A).—No encuentro tanto motivo para entusiasmarse; más bien me inclino a creer que el autor del artículo es un pesimista, un obcecado o un neurasténico; tal vez un germanófilo o un inglés renegado.

—Desde luego no es un amigo de V. En eso, lleva V. razón. A ustedes les gustan las cosas azucaradas, aunque les cuesten un par de huesos, y otros prefieren conservar su esqueleto, por mucho vinagre que tengan que beber.

(El señor A).—No hay para tanto, don Subrio. En resumen ¿qué miga saca V. de lo que ha leído el señor B? Yo no descubro más que palabras y palabras.

—Porque pertenece V. al género de los abogados, clase de los testarudos, especie de los que creen lo que les conviene. La cosa no puede estar más clara. De un lado, el espíritu científico; del otro el que el señor Poulton llama espíritu de abogacía. Los ingleses, por confesión propia, tienen el segundo espíritu, que es antagónico o enemigo del primero; luego, aquí del talento ¿quién posee el espíritu científico, que en lenguaje vulgar llamaríamos de verdad, de sinceridad?

(El señor A).—¿A qué contestarle, si la respuesta es obligada, tal como presenta V. la cuestión? Alemania ¡jamás, nunca representará el espíritu científico!

—No digo que no; pero lo positivo es que el de la abogacía se ha metido en el cuerpo de los ingleses—noblemente lo confiesan, lo acaba V. de oír,—y si los ingleses se han hecho abogados, ¡desengáñese V., señor A, aunque le escueza, ustedes no son más que unos vulgares y medianos pasantes! ¡Ni a abogados llegan!

(El señor A).—¿Y los rusos también? ¿Y los italianos? ¿Y los...?

—Aparte de los poetas del Isonzo, los demás lo habrán hecho mejor o peor, pero no se han metido en libros de caballerías; como a ellos les han metido en un puño, han dado de lado a la pluma y hace ya mucho tiempo que no nos hacen reír con la prosa limada y monótona, que ni siquiera ha sabido encontrar un nuevo tópico en los diecisiete meses que llevamos de guerra. Los sucesores de Napoleón han degenerado en simples secretarios, tristes amanuenses.

(El señor A).—Si cree V. que me pondrá nervioso, se equivoca.

—Ya lo está V., y no soy yo quien le ha puesto en estado de frenesí, sino los alemanes. Menos mal que se consuela V. con la victoria del Marne.

(El señor B).—¡Ja, ja! Les digo a ustedes que me divierten de veras.

—Ya era hora, mi querido señor B. Hoy le ha tocado el turno a la cresta del señor A. ¡Vea V. cómo se rasca! Ni que llevara un capacet de acero, como aquellos que me recuerdan el yelmo de Mambrino! ¿Vámonos?

(El señor B).—¿Sin dejarme acabar de leer el artículo?

—Pero ¿no está concluido? ¿Y nos ha dejado V. discutir al señor A y a mí, teniendo algo embotellado? ¡Eso es una tremenda traición!

(El señor B).—El final es este: «Instintivamente, el abogado se vale de sus razones para consolarse a sí mismo, no para descubrir la verdad; se alimenta con drogas o estimulantes, antes que con pan, y su mente, enervada por las drogas y estimulantes, se pone incapaz de digerir el pan de los hechos. Así, adquiere un positivo disgusto hacia el conocimiento, como el pródigo mira con disgusto su cuaderno de cheques. Le gusta más especular que aprender, y continúa especulando y apoyando sus especulaciones con plausibles argumentos hasta que los hechos los desmientan; y, aun entonces, pone todo su esfuerzo en demostrar que los hechos le han sido desleales». ¿Qué le parece a V.? ¿Qué comentario se le ocurre?

—Me ha parecido fenomenal, piramidad, colosal y obeliscal; y un solo comentario: ¡cuánta verdad y qué lástima de tiempo perdido!

SUBRIO ESCÁPULA

## LA BATALLA NAVAL DEL DOGGERBANK

Al cabo de más de un año de guerra contra la más grande potencia naval del mundo, no han sido aún seriamente atacadas las costas alemanas por los colosales acorazados enemigos, ni han conseguido tam-



poco obligar a nuestra joven flota a una batalla decisiva en alta mar. Se advierte a todas luces que Inglaterra reserva sus escuadras de combate, como el más importante y costoso elemento que posee, para el último momento, o bien como factor que pese en la balanza el día que se firme la paz.

El grueso de su flota lo han substraído nuestros adversarios a toda probabilidad de choques contra el nuestro. El bombardeo de Jarmouth por nuestros acorazados, y el cañoneo por dos veces del litoral Este de Inglaterra por nuestros barcos, demostraron —lo mismo aquí que en la Gran Bretaña— cuán poco le hubiera costado a la flota inglesa trocar en grandes batallas navales los ligeros combates de vanguardia, si tal fuera su propósito. No tenía, empero, este deseo; lo cual acabó de confirmarse cuando la demostración inglesa ante Cuxhaven, fracasada por

co por la escuadra alemana; pero lo más probable es, según sostienen los ingleses, que los barcos alemanes tratasen de ejecutar otra punta ofensiva contra la costa oriental inglesa; o bien, a mi juicio lo cierto, que la escuadra inglesa se propusiera un golpe de mano contra el canal del emperador Guillermo, y encontrara a nuestros barcos en el Doggerbank. Hasta hoy, no se sabe cuál de esas hipótesis es la exacta.

Como quiera, la batalla naval del Doggerbank fué el primer combate librado en esta guerra, entre unidades de los tipos más modernos. Ni el encuentro cerca de Helgoland, el 28 de agosto de 1914, ni los sangrientos de Coronel y las islas Falkand, tuvieron grande importancia militar, porque en ellos no tomaron parte los más modernos acorazados, sino unidades relativamente pequeñas. No aconteció lo



Combate con granadas de mano, en el frente occidental. (Los granaderos llevan caretas contra los gases asfixiantes)

nuestras escuadrillas aéreas y las flotillas de barcos rápidos. De esta suerte, los primeros encuentros tuvieron lugar entre las «caballerías navales», cuyos efectos, por importantes que sean, nunca tienen consecuencias decisivas. Desde que el 28 de agosto de 1914, día en el cual los ingleses, con gran superioridad de fuerzas, atacaron a varios de nuestros pequeños cruceros cerca de Helgoland, transcurrieron cinco meses sin nuevas operaciones, hasta que, finalmente, el 24 de enero de 1915, se libró una seria batalla entre unidades de gran porte. Se empeñó esta acción, puramente de encuentro, cerca del banco de pesquerías de Dogger, sin que los detalles se conozcan todavía hoy con toda exactitud. Posible es que ambas flotas se tropezaran y atacasen mientras efectuaban un reconocimiento; posible es, también, que los ingleses patrullasen al N. del canal, para proteger el transporte a Francia de nuevos refuerzos enviados por Kitchener, evitando un ataque de flan-

mismo en aquella mañana de niebla del domingo 24 de enero, a 120 millas marinas al N.O. de Helgoland. Su significación no necesita encarecerse. La joven flota alemana se sometió a una fuerte prueba de fuego con honor y buen resultado; el número de unidades de ambas escuadras era importante, y fué la primera vez que se condujeron a la batalla grandes acorazados, y no escuadras de simples cruceros. Pero no fué la batalla del Doggerbank un choque decisivo, porque ninguno de los dos adversarios empeñaron la parte principal de su flota de alta mar.

En todos los encuentros con los ingleses, nos hemos encontrado en un estado manifiesto de inferioridad material (el de Coronel fué una excepción y el resultado no pudo ser más concluyente), de modo que era punto menos que imposible llevar la mejor parte, porque, lo mismo en el mar que en tierra, desempeñan papeles importantes los hombres, el lugar y la bondad del material. En aquella ocasión, el



punto débil de la escuadra, por su inferior armamento y corta velocidad, era el *Blücher*, aunque suplió estos defectos con sus rápidas maniobras, firmeza de la tripulación y excelente puntería de sus cañones, y con la habilidad de su comandante. Pero estas circunstancias no pueden medirse. La fuerza de combate de las dos escuadras aparece en los cuadros siguientes, prescindiéndose de los pequeños cruceros y de los torpederos.

#### ESCUADRA ALEMANA

*Seydlitz* (insignia); 30 marzo 1912; 25,000 toneladas; 28.1 millas; 1,108 hombres; 10 cañones de 28 centímetros, 12 de 15 y 12 de 8.8; andanada, 3,276 kilogramos.

*Moltke*; 7 abril 1910; 23,000 toneladas; 28.4 millas; 1,013 hombres; 10 cañones de 28 centímetros, 12 de 15 y 12 de 8.8; andanada, 3,276 kilogramos.

tros, 12 de 15.2 y 4 de 4.7; andanada, 5,352 kilogramos.

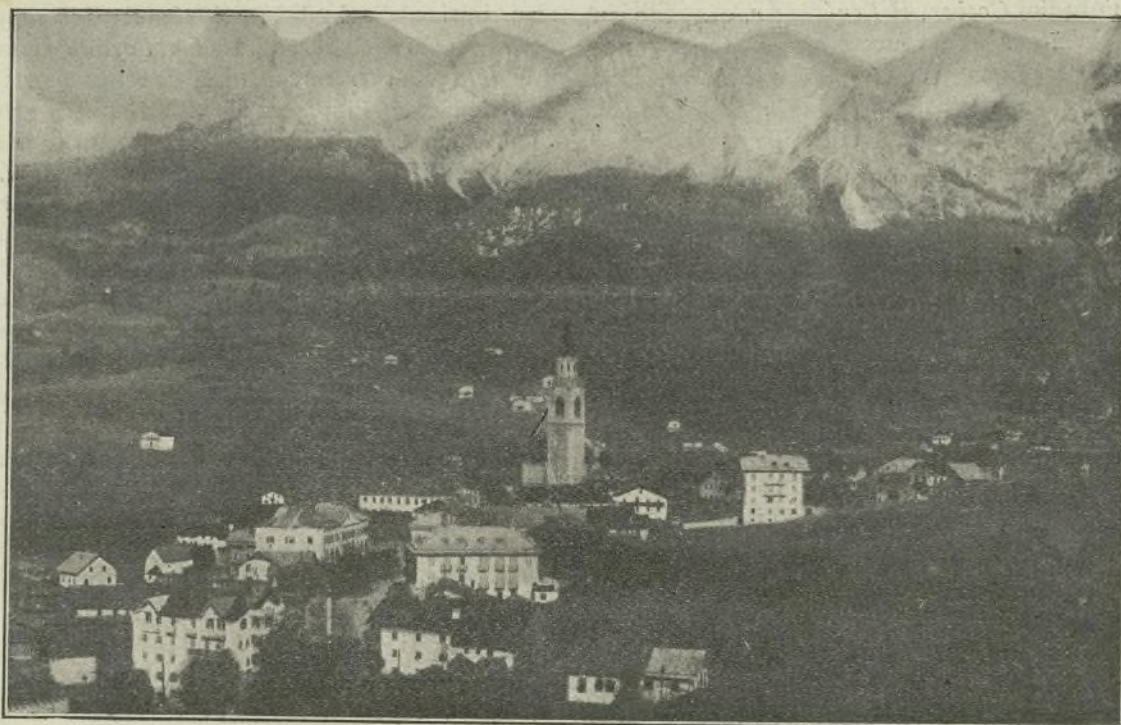
*Princess Royal*; 29 abril 1911; 26,800 toneladas; 28.5 millas; 980 hombres; 8 cañones de 34.3 centímetros, 16 de 10.2 y 4 de 4.7; andanada, 4,536 kilogramos.

*New Zealand*; 1 julio 1911; 19,100 toneladas; 26.4 millas; 980 hombres; 8 cañones de 30.5 centímetros, 16 de 10.2 y 4 de 4.7; andanada, 3,084 kilogramos.

*Indomitable*; 16 marzo 1907; 17,600 toneladas; 26.1 millas; 730 hombres; 8 cañones de 30.5 centímetros y 16 de 10.2; andanada, 3,084 kilogramos.

Total: 120,300 toneladas; 26.1 a 28.5 millas; 4,720 hombres; 24 cañones de 34.3 centímetros, 16 de 30.5, 12 de 15.2, 64 de 10.2 y 16 de 4.7; andanada, 20,592 kilogramos.

Si la relación entre los números de barcos era de 5 : 4, se trocaba en la de 4 : 3 teniendo en cuenta los tonelajes, mientras que la andanada inglesa era casi



Cortina d'Ampezzo, en el Tirol, al pie del monte Tofana, de 3.240 metros de altura

*Derfflinger*; 4 junio 1913; 26,600 toneladas; 28 millas; 1,125 hombres; 8 cañones de 30.5; 12 de 15 y 12 de 8.8; andanada, 3,426 kilogramos.

*Blücher*; 11 abril 1908; 15,800 toneladas; 25 millas; 888 hombres; 12 cañones de 21 centímetros, 8 de 15 y 16 de 8.8; andanada, 1,184 kilogramos.

Total: 90,400 toneladas; 25 a 28.4 millas; 4,134 hombres; 8 cañones de 30.5 centímetros, 20 de 28, 12 de 21, 44 de 15 y 52 de 8.8; andanada, 11,162 kilogramos.

#### ESCUADRA INGLESA

*Lion* (insignia); 6 agosto 1910; 26,800 toneladas; 28.3 millas; 980 hombres; 8 cañones de 34.3 centímetros, 16 de 10.2 y 4 de 4.7; andanada, 4,536 kilogramos.

*Tiger*; 15 diciembre 1913; 30,000 toneladas; 28 millas; 1,050 hombres; 8 cañones de 34.3 centíme-

tro de la alemana; la ventaja a su favor se acentuaba aún más por los 24 cañones de 34.3, a los que no podíamos oponer ninguno, mientras que en los calibres medios había relativo equilibrio. En lo que toca a las tripulaciones, se puso de manifiesto la deficiencia de la flota inglesa, cuyas inmensas unidades tienen débiles dotaciones, consecuencia de su especial sistema de reclutamiento. La inferioridad de nuestra unidad más pequeña, el *Blücher*, estaba compensada hasta cierto punto por haber servido ese barco, antes de la guerra, de escuela de tiro. Se condujo gloriosamente, y honró el nombre del rígido caudillo que salvó a los ingleses en Waterloo, hundiéndose bajo las olas sin dejar de combatir hasta el último momento. En barcos pequeños, nos aventajaban igualmente los ingleses. Nuestros cuatro pequeños cruceros (*Kolberg*, *Rostock*, *Grandenz* y *Stralsund*) tenían siete enfrente, y nuestros 22 torpederos, agrupados en dos divisiones, 26 destroyers



ingleses, en tres flotillas, entre ellas la renombrada tercera, mandada por el comodoro Tyrwhitt. Finalmente, a retaguardia de la escuadra inglesa se encontraban ocho barcos de línea, los cuales, si por su escasa velocidad no pudieron tomar parte en el combate, constituían en cambio una poderosa reserva. El comandante en jefe de la flota británica era el vice-almirante Beatty, que asumió el mando en el combate de Helgoland, y tenía 43 años, siendo uno de los más jóvenes almirantes de la marina inglesa. El mando de la flota alemana pertenecía al contraalmirante Hipper, que enarbolaba su insignia en el *Seydlitz*.

En la noche del 23 de enero, salió de Helgoland la escuadra exploradora alemana, y navegó toda la noche con rumbo N. O., hacia el Doggerbank, en cuyas inmediaciones se encontró al amanecer el siguiente día. Iba en cabeza el altivo *Seydlitz*, siguiendo en línea de fila, a distancias de 300 a 400 metros, el *Moltke*, barco gemelo del que ahora presta servicio en Turquía, *Goeben*, el *Derfflinger*, que, con su gemelo el *Lützow*, es el crucero más moderno y poderoso que tenemos, y por último el *Blücher*. Para contribuir a la exploración y proteger a los cuatro cruceros contra un súbito ataque de torpederos o submarinos, las flotillas de torpederos navegaban desplegadas a los lados. A las ocho de la mañana todavía no se había levantado la niebla, y la escuadra se encontraba a unas 125 millas de Helgoland, cuando un joven teniente del *Kolberg* avistó el primer barco enemigo. No tardó en comenzar la batalla, y la escuadra puso rumbo al S. E., para acercarse a Helgoland. El encuentro se verificó a los 54.5° N. y 6° E., al N. de las islas Amelang y Schiermonnikog. Inmediatamente rompió el fuego el *Kolberg* contra un crucero del tipo *Aurora*, al que acompañaban varios torpederos. Algunos buenos disparos obligaron al adversario a cambiar el rumbo, pero también el *Kolberg* recibió un proyectil de 15 centímetros y otro de 10.2 en la obra viva; tuvo dos muertos y tres heridos, pero, aparte de la destrucción del retrete de la marinería, no recibió averías, y conservó toda su fuerza de combate. El *Stralsund* quiso apoyar al *Kolberg*, pero comenzaron a destacarse en el horizonte los barcos de línea ingleses y tuvo que re-

tirarse. Entre tanto, el *Seydlitz* había descubierto, a su vez, los barcos enemigos, que venían desde el N. O. Por la gran distancia a que se encontraban y lo poco que sobresalían del agua, les tomó al principio por ligeras unidades exploradoras, pero no tardó en caer, a 500 metros del acorazado, una granada de gran calibre, que dió a conocer cuán peligroso y temible era el adversario que se acercaba. La niebla se iba levantando, y pudo verse con claridad al *Lion*, que iba en cabeza, siguiéndole el más moderno y poderoso, *Tiger*, y luego, más atrás, el *Princess Royal*, el *New Zealand* y el *Indomitable*. Todos estos barcos venían a toda velocidad, con sus turbinas en plena actividad. La flota inglesa se encontraba esta vez en su puesto, y era obvio que trataba de aprovecharse de su superioridad. Hubiera sido una locura que la pequeña escuadra alemana esperara el ataque, por lo cual el almirante dió la orden que mejor se ajustaba a la situación: la escuadra haría una conversión completa, y a todo vapor se dirigiría al S. E., delante los barcos ligeros, y luego los cruceros acorazados, con el *Seydlitz* en cabeza y el lento *Blücher* en cola. Los ingleses han interpretado esta maniobra, como si la escuadra alemana buscara en la huida la única salvación, cuando su verdadero objeto consistía en librar la batalla, que era inevitable, cerca de Helgoland, donde nuestra flota encontraría auxilios; el cambio de rumbo se ejecutó con tal rapidez que los barcos de línea enemigos que estaban en la retaguardia no pudieron tomar parte en el combate y perdieron la esperanza de cooperar en un éxito. Tuvimos la desventaja de que el sol, que se iba alzando sobre el horizonte, en aquella mañana de invierno, nos daba en popa, mientras que los ingleses lo tenían detrás de ellos. La experiencia de la batalla naval en las costas de Chile había ya demostrado cuánto influía esta circunstancia en la visión del objetivo y en la puntería de las piezas. El mar estaba tranquilo, el tiempo era frío y el día despejado. Inmediatamente comenzó un duelo de artillería a gran distancia.

DR. KURT FLÖRICKE

(De *Der Krieg*)

(Concluirá)

## CRÓNICA MILITAR

I. Sobre la preparación militar de los beligerantes, al estallar la guerra.—II. El peligro de Libia y el ataque a Egipto.—III. Supremacía del ejército sobre la marina, en la presente guerra.—IV. Indicios de una próxima campaña en Rusia.—V. La acción de los aliados contra la expedición de los alemanes a Oriente.—VI. La situación el 7 de enero de 1916

### I. — Sobre la preparación militar de los beligerantes, al estallar la guerra

Hace muchos meses estamos presenciando el caso insólito de que los hechos vayan por un lado y los razonamientos por otro; las profecías y las rotundas afirmaciones, reñidas con la realidad, se suceden las unas a las otras, sin que jamás se desacrediten los augures, gracias a la resonancia de los acontecimientos que hacen olvidar hoy el vaticinio que se dió ayer. Entre los tópicos más manoseados, hay dos que se reparten la popularidad y que no pocas personas

admiten como verdades axiomáticas: la victoria final, matemáticamente asegurada, producto de los factores número y tiempo, y la previsora y completa preparación de Alemania frente a la confianza y descuido de los aliados.

No me corresponde analizar la primera afirmación, porque se sale de la órbita militar; pero en cuanto toca a la exactitud de la segunda no será ocioso refrescar la memoria con algunos recuerdos que parece extraño se hayan disipado tan pronto.

Alemania, se dice, estaba armada hasta los dientes y acechaba la ocasión de lanzarse sobre sus riva-



les, quienes, no esperando que la guerra estallase, no estaban preparados, y han tenido que improvisar lo que los alemanes tenían ya ultimado. Esta es la razón—se añade—de los triunfos germánicos, pero como los aliados pueden dar ahora—este ahora data de seis meses—sus preparativos por terminados, el aspecto de la guerra variará por completo. Prescindo de la conclusión, que no me interesa, y me concreto a las premisas.

Alemania, antes de ella Prusia, posee una organización militar casi perfecta, que ha ido mejorando de día en día, habiendo atendido, tanto o más que a esa organización, a la instrucción y al espíritu del ejército; en lo concerniente al material, no ocupaba el primer puesto. De todos modos, estaba dispuesta para una guerra inmediata en cualquier momento.

Todo aquel que haya estado al corriente del movimiento militar de Francia en los últimos veinte años, no podrá menos de quedarse asombrado al oír que la nación vecina se lamenta de haber sido atacada cuando estaba poco menos que indefensa. Las revistas y periódicos militares, sin excepción, pregonaban que Francia nada tenía que temer, que su organismo guerrero era mejor que el del rival que no volverían a cometerse las deplorables faltas de 1870, y que el ejército estaba tranquilo y descansaba persuadido de su propia fuerza. Y no sólo en la prensa militar, sino en la diaria y también en el Parlamento, la opinión era unánime en el mismo sentido. Todavía, hasta 1910 ó 1911, se oía de vez en cuando alguna voz que pregonaba las excelencias de tal o cual detalle de la organización alemana, pero posteriormente puede decirse que nadie desentonaba y todos creían contar con la victoria francesa. Fuera de su país, éramos no pocos los que creíamos que el cuadro no era tan brillante como aparentaba, porque medíamos la fuerza militar de las naciones por el espíritu de la colectividad, pero no podíamos hacer más que emitir nuestras opiniones, sin afirmar nada en concreto, porque nada más difícil que el apreciar de lejos los factores morales. Se envanecían los franceses de contar con el mejor fusil del mundo, llevando hasta la exageración su admiración por el Lebel; a raíz de la adopción del cañón de tiro rápido, un estremecimiento de entusiasmo recorrió toda Francia, y desde entonces se admitió como verdad inconcusa que la artillería francesa—de perfectísima instrucción, hay que decirlo—era la mejor del mundo. No anduvieron descaminados en esas creencias, porque en el primer decenio de este siglo la artillería alemana pasó una gran crisis, toda vez que por falta de créditos tuvo que reformar y utilizar su viejo cañón para oponerlo al inmejorable francés. La guerra de 1912 y 1913 en los Balkanes ofreció pretexto para entrar en nuevas comparaciones entre el Schneider y el Krupp, de las que este último salía malparado, y todos los lectores recordarán que se hizo una campaña de prensa conducente a demostrar que las victorias de los búlgaros y serbios se debieron al cañón francés. Pero como la industria progresa vertiginosamente, lo perfecto hoy, es bueno mañana y anticuado al siguiente. Los franceses, creyendo haber alcanzado el ideal, se durmieron en su éxito y no advirtieron que poco a poco el pueblo rival mejoraba su máquina. En esa lucha industrial entre las dos naciones, que dió lugar a gastos enor-

mes, se registraron fechas críticas para cada una de ambas; el Lebel dió superioridad a los franceses durante cinco o seis años; volvieron a tenerla otros tantos con el cañón de tiro rápido. La generalización de la artillería pesada de campaña y las más recientes leyes del quinquenio militar, inclinaron la balanza a favor de Alemania, siendo opinión aceptada por los mismos franceses que hasta 1916 no se encontraría Alemania en situación de superioridad militar.

¿Cómo sostener que Francia estaba desprevenida cuando tan recientes están las discusiones en el Parlamento sobre la llamada ley de los tres años, en 1913, y la claridad con que se expresaron algunos oradores? La cortina de plazas fuertes del N. E. había sido perfeccionada en los últimos años; las maniobras anuales dieron ocasión de limar asperezas y mejorar los servicios; el mando estaba capacitado y las tropas instruidas. ¿Eran estas cosas meras ilusiones o realidades? En agosto de 1914 la movilización se hizo a maravilla y lo mismo la concentración. En la frontera de Lorena desplegó antes el ejército francés que el alemán; igual caso se presentó en la Alta Alsacia. Si los alemanes pudieron efectuar su arriesgada maniobra envolvente a través de Bélgica, ello se debió a que saltó como hoja mal templada el escaso ejército belga y a que llegó tarde el británico. Pero para ningún francés era un secreto que los alemanes entrarían en Bélgica—ya como maniobra principal, ora como operación auxiliar; que esto no se sabía—y generales eminentes hubo que lo anunciaron en la Prensa o hicieron del tema materia de un libro. Antes de contraerse la *Entente* con Inglaterra, el ejército francés de cortina cubría las fronteras de Alemania y Bélgica; después de aquel acuerdo, gran parte de las tropas del frente belga pasaron al alemán, y se descuidó la mejora de las plazas del Norte, concentrándose la actividad en las del N. E. Francia debe envanecerse de su excelente preparación militar en 1914; hay que decirlo en su honor, y añadiré que no éramos pocos los que no esperábamos tanto. Es verdad que hubo deficiencias en vestuarios, equipos, efectos de ambulancia y hospital y de ingenieros y en algunos servicios de intendencia; mas también se observaron en Alemania, en vestuario, equipo y distribución de víveres, siendo las causas el llamamiento a las armas de las últimas reservas—con lo que no se contaba—y lo duro y violento de las primeras batallas. Infieren, por consiguiente, un agravio a Francia y a la verdad, los que pretenden que la República no estaba preparada y le cogió de improviso la guerra.

Rusia trabajó febrilmente en su reorganización militar desde 1905, apenas firmada la paz con Japón. Los alemanes lo sabían, pero miraron siempre a los rusos con cierto desprecio y no les prestaron la atención que ponían en Francia. Según se ha comprobado después, parte del ejército ruso, movilizado en 1912 y 1913, conservaba los efectivos reforzados y había empezado la concentración antes de estallar la guerra. El mundo quedó sorprendido cuando supo que a las dos semanas de rotas las hostilidades, un millón doscientos mil rusos habían invadido la Prusia oriental y tomado la ofensiva contra los austriacos. Si Rusia hubiese decretado la movilización el 1.º de agosto de 1914, no habría podido abrir la cam-



pañía antes de la primera decena de octubre. Jamás se arrepentirá Alemania lo bastante de no haberse dado cuenta de la movilización rusa, que le obligó a interrumpir, tal vez para siempre, su felicísima ofensiva en Francia. Abundantes masas de cosacos y numerosísimos cuerpos de caballería avanzaron contra las fronteras austro-alemanas, el 4 de agosto. El material de artillería era casi tan bueno como el francés, y en cantidad más que suficiente. Las fortalezas del Niemen y Vístula disponían de todos los adelantos modernos y fueron reforzadas desde 1912. Se dió el caso, que ciertamente acredita poco al servicio de investigaciones alemán, de haberse aumentado el número de fuertes de algunas plazas—Grodno entre ellas—con algún otro, moderno, acorazado, verdaderamente inexpugnable, en el sentido vulgar del vocablo, sin que los alemanes lo supieran hasta que emprendieron el ataque. Si alguna sorpresa ha venido del lado de Rusia, ha sido la de su completa preparación militar, que nadie creía fuera tan notable, empezando por los alemanes. En caso idéntico se encuentra Austria-Hungría. Finalmente, tal vez sea interesante saber que la prensa profesional rusa está hace más de veinte años a envidiable altura y que desde la guerra contra Japón ha entrado resueltamente y con evidente buen sentido en las ideas modernas.

Inglaterra sí que no estaba preparada, ni siquiera embrionariamente, en lo que al ejército respecta, y lo más extraordinario es que sus periódicos militares y escritores técnicos creyeran lo contrario. Los ingleses, mal acostumbrados por sus campañas coloniales y deslumbrados por los recuerdos de su intervención en las guerras napoleónicas—puramente episódica,—habían perdido de vista la verdadera guerra y se forjaban muchas ilusiones, que no tardaron en quedar desvanecidas. Así como Alemania se equivocó estimando el ejército ruso en menos de lo que valía, Francia se engañó al apreciar la cooperación británica en una lucha terrestre, atribuyéndole una importancia muy superior a la que merecía. Pero como Inglaterra no figuraba en el grupo de los beligerantes forzosos, sino que entró voluntariamente en la contienda, no puede alegar como disculpa de sus fracasos militares la tan traída y llevada falta de preparación. Esta consideración alcanza de lleno a Italia.

Los casos reales de improvisación únicos son los de Inglaterra y Turquía. La primera ha dado un ejemplo admirable de reorganización militar en plena guerra, en lo que atañe a la parte material, mientras que la segunda es un caso sin ejemplo de resurgimiento del poder militar por solo el efecto de la implantación de los factores morales en el mando, gracias al espíritu que la dirección alemana ha transmitido a las tropas.

## II.—El peligro de Libia y el ataque a Egipto

Al referirse a las probabilidades de éxito que puede tener un ataque a Egipto, se suele fijar la atención pública exclusivamente en la marcha de los turcos-alemanes, a través del desierto, en dirección E. O., hacia el canal de Suez, como si la otra frontera no corriera ningún peligro. No lo entienden así, y obran bien, los ingleses, que están reuniendo

un poderoso ejército no sólo en el canal y en las orillas del mar Rojo, sino también en el interior de aquel protectorado.

La campaña de Libia no terminó a completa satisfacción de los italianos. La dieron por terminada cuando se hubieron adueñado de la costa y derrotado los grandes núcleos de árabes que se mantenían no lejos del litoral, y dejaron al tiempo la tarea de reducir a las tribus del interior; pero, en realidad, el estado de guerra ha subsistido latente y han brotado chispazos cada vez que los italianos han pretendido internarse. La actitud hostil de los naturales se acentuó cuando Italia declaró la guerra a Turquía; volvieron a organizarse grupos armados, y aunque los dominadores replegaron sus puestos avanzados y se acercaron a la costa, menudearon los ataques y las sorpresas, y no hace muchos días que los italianos padecieron un completo descalabro que les obligó a encerrarse en los grandes centros atrincherados. No corren en ellos ningún peligro grave, pero lo cierto es que el interior se halla en manos de los rebeldes y que la insurrección cunde y se propaga, reflejándose en las comarcas inmediatas a Egipto.

Mal armadas y con escasas municiones, no son de temer las incursiones que los libios intenten en Egipto, porque tropas regulares muy inferiores bastarán a tenerlos a raya y dispersarlos. El peligro para los ingleses es otro: que el descontento y la rebelión se propaguen más allá de Libia y estallen entre los egipcios, porque no hay barrera armada capaz de impedir la transmisión de esos alzamientos populares.

El peligro llegaría a ser serio si los turcos y alemanes consiguieran llevar a Libia noticias y pruebas de los descalabros británicos en Oriente; por guardada que esté la costa, es probable que las órdenes de Constantinopla lleguen a Libia, como lo demuestra el alzamiento de esta región coincidiendo con la intervención de Italia en la guerra europea y, sobre todo, con los éxitos otomanos en Gallípoli.

De todas suertes, no se dará por el Jefe de los creyentes la consigna de tomar las armas contra los ingleses, mientras no haya probabilidades de obtener alguna ventaja. Una insurrección en Egipto en estos momentos sería fácil, pronta y enérgicamente reprimida, y resultaría estéril para la causa germano-turca. Muy otro sería el caso, admitiendo, y es lo que debe de esperarse, que a un primer éxito de los turcos en los desiertos al E. del canal de Suez, o a un ataque afortunado contra esa esencialísima arteria marítima, respondiera súbitamente la agitación armada en Libia, en Egipto, en el Sudán... No poseen los ingleses, en esa parte de Africa, una base suficientemente firme donde apoyarse y que reúna seguridades parecidas a las del país propio. Toda su fuerza de acción reside en el dominio del mar, el cual, por completo que parezca, está siempre sujeto a quiebras y dañosas contingencias, representadas en la presente guerra por los submarinos alemanes.

Teniéndolos en cuenta, se comprende la inmensa importancia que para los ingleses encierran los Dardanelos y Salónica, admirables estaciones, en particular los primeros, de submarinos, y excelentes bases, combinadas con el golfo de Esmirna, para atacar a los barcos mercantes y de guerra franceses y británicos. De aquí que pueda reputarse segura la



expulsión de los franceses de Gallípoli antes de que tome cuerpo la expedición contra Egipto, toda vez que si el ataque decisivo ha de ejecutarse por tierra, no deben desecharse, ni mucho menos, las operaciones por mar. El contragolpe de los aliados habría



General Neidenov, ministro de la Guerra de Bulgaria

de asestarle en las costas de Siria, pero es muy dudoso que después de los fracasos de Gallípoli y Salónica intenten una tercera aventura.

Si se lleva a cabo ese ataque a Egipto, antes que la expedición a Persia y Mesopotamia, con miras a la India, los ingleses, hay que repetirlo, habrán de repartir su atención en la frontera del E., en la del O. y en la del S., y cubrir muy bien los puntos más importantes del interior, es decir que casi la mitad del ejército allí destacado no podrá tomar parte, por lo menos en la primera fase, en la defensa del canal. Saben muy bien los ingleses que si en circunstancias normales les bastan media docena de regimientos para mantener sometido el país, puede llegar un momento en que todo él se alce empujado por el fanatismo religioso, y que sólo sean dueños del terreno que pisen, teniendo entoces lugar una guerra de independencia, para los unos, de conquista, para los otros. Hay que convenir, sin embargo, que Egipto no es un pueblo guerrero, y que por sí mismo no conseguiría derrotar a los ingleses; pero puede obligarles a ocupar muchas fuerzas en la sumisión de los rebeldes, restándolas del teatro principal, lo cual es grave cuanto soldados y material han de transportarse por mar, acudan de la metrópoli o procedan de las Colonias y Dominios.

Si estos peligros toman cuerpo o no, lo ignoraremos mucho tiempo, como hemos ignorado las sublevaciones de la India, por estar en poder de los ingleses las comunicaciones de aquella región de Asia con Europa; pero algo podrá sospecharse por el cariz que presenten las operaciones cerca del canal de Suez.

### III.—Supremacía del ejército sobre la marina, en la presente guerra

Una de las mayores sorpresas de esta guerra, hasta el momento presente, es el fracaso de las escua-

dras y la supremacía indiscutible del ejército de tierra. Se había creído siempre, y la historia lo corroboraba, que el dominio del mar era un factor casi decisivo, porque cerraba al enemigo las puertas por donde abastecerse, y porque proporcionaba amplia libertad para escoger los puntos de ataque y llevar la guerra a donde conviniera. Alemania, con sus inmensos recursos, nos ha demostrado lo contrario.

Al posesionarse los alemanes del litoral belga, no fué el ejército inglés el derrotado en primer término, sino la marina. De nada sirvió su inmensa superioridad para impedir que el adversario llegara al mar; dueño el invasor de aquella costa, que utilizó como base de submarinos, fué menester apelar a medios estupendos de protección para garantizar la comunicación entre Inglaterra y Francia, y los más formidables barcos de combate tuvieron que refugiarse en los puertos militares, donde continúan.

Más adelante, la escuadra alemana no pudo forzar la entrada del golfo de Riga; y estamos presenciando los preparativos, lentos pero perseverantes, de los alemanes, para apoderarse de los puertos de Donemünde y otros, y obligar a los barcos rusos a abandonar aquellas aguas. La artillería naval no reconocía antes rivales dignos en la terrestre; ahora, el cuadro ha cambiado, y la primera ha de batirse en retirada.

En los Dardanelos y en Salónica se planteó el mismo problema. En los Dardanelos está ya casi resuelto a favor de las fuerzas terrestres; de Salónica no se puede decir nada. Acaso los italianos, en el litoral de Albania, se encuentren pronto en las mismas circunstancias, al igual que los ingleses en el golfo Pérsico.

Lo más grandioso, empero, si se realiza, es la conquista por tierra de la ruta marítima más importante del mundo: el canal de Suez.

No parece sino que las escuadras andan alocadas de un punto a otro, sin atreverse a someterse a la



General von Schlieffen, comandante de un cuerpo de ejército alemán

prueba definitiva del duelo a muerte. Doquiera intentan hacer sentir su acción, acuden los ejércitos y las expulsan; se abren nuevas vías por tierra que ponen en comunicación los continentes, a la par que se tornan precarios y frágiles los caminos ma-



rítmicos. Es cierto que a los submarinos corresponde no escasa parte en esa novedad de la guerra actual; pero su origen ha de buscarse en la subordinación de la iniciativa británica a la iniciativa alemana; más fuerte ésta en tierra, la guerra se ha desenvuelto como convenía a la primera, y han quedado relegadas las escuadras a segundo término; porque los medios de guerra, sean hombres o barcos, no son más que instrumentos de los cerebros y voluntades de los directores, que son quienes imprimen carácter definitivo a las grandes empresas bélicas.

#### IV.—Indicios de una próxima campaña en Rusia

Aunque no lo dijera casi a diario la prensa, bastaría el buen sentido para saber que en la primavera próxima Rusia tendrá organizado un nuevo ejército, respetable por su número aunque inferior en calidad al destruido; que Inglaterra podrá poner en campaña más de medio millón de hombres; y que los franceses reforzarán el suyo con un número aún mayor. Desde otro punto de vista, las reuniones que celebran los representantes de los cuarteles generales aliados y el principio de acuerdo que se ha establecido entre sus Estados Mayores, dan a comprender, sin necesidad de que se proclame en alta voz, que en lo porvenir se proponen llegar a la unidad de acción, si no en el desarrollo de las operaciones, por lo menos en la iniciación; es decir, que se asumirá la ofensiva simultáneamente en todos los frentes, o a un ataque de los germanos en uno de ellos, responderán sus adversarios con un avance en los demás. Se trata, en suma, de evitar lo acontecido al ejército ruso en la primavera y verano últimos, que fué deshecho en una campaña de cinco meses, sin que los anglo-franceses hicieran nada por ayudarle; o de lo sucedido a las tropas serbias, en octubre y noviembre.

Este propósito de los aliados podrá o no conducir al éxito, pero si se realiza tendrá una consecuencia gravísima para los austro-alemanes: privarles de la iniciativa estratégica, de la libertad de movimientos, a la que deben tantas victorias. No renunciarán espontáneamente los germanos a tan preciosa ventaja, ni después de año y medio de comprobar a diario las excelencias de la iniciativa, van a cederla, por inacción, a los rivales. Estos porque al fin han aprendido una verdad casi tan antigua como el mundo, y aquellos por acomodarse a lo que es ya una costumbre en sus filas, rivalizarán en ser los primeros en pronunciar la acometida; mas, como la pasividad y la acción prematura, sin tener ultimados todos los preparativos, son igualmente perniciosas, es indudable que reina en estos momentos una actividad febril en todas las naciones beligerantes, impulsadas por el deseo de ser las primeras en abrir la nueva campaña. Todo induce, pues, a creer que antes de la primavera, tendrán lugar acontecimientos de mayor resonancia todavía que los de febrero y marzo de 1915.

En lo que toca al comienzo de la acción, anglo-franceses y alemanes están en idéntico caso, pero como los últimos tienen más necesidad de reservar sus fuerzas que los otros, es lógico presumir que en el frente occidental no intentarán los alemanes una grande y resuelta ofensiva, pese a lo que se dice en

contrario. En cambio, en el teatro ruso, los austro-alemanes, siempre y en todos los momentos preparados, reanudarán la ofensiva, aprovechándose de la inferior calidad del ejército enemigo y de prestarse aquellos inmensos territorios a maniobras tan grandiosas como las ya ultimadas.

La marcha que toman las operaciones en Oriente habrá de repercutir en Europa; según donde se ases-ten los golpes, serán los rusos o los ingleses quienes tengan que distraer nuevas fuerzas en teatros lejanos; y pudiera muy bien ser que por el pronto sea Rusia y no Inglaterra el objetivo principal, porque no hay que olvidar que Persia tiene tanta importancia para los moskovitas como para los ingleses, y que una ofensiva victoriosa contra los rusos en Asia tendría consecuencias más generales que un ataque al canal de Suez.

La capacidad de resistencia de las líneas alemanas y franco inglesas se ha puesto a prueba victoriosamente, y aquel de los beligerantes que se proponga vencerla habrá de resignarse de antemano a sacrificios tan inmensos, que acaso sean superiores a sus fuerzas. También las líneas germanas en Rusia han tenido que soportar embates extremadamente duros, sin quebrarse; mientras que las rusas han sido rotas cada vez que se lo han propuesto los agresores. Esto también conduce a la creencia de que pronto se reanudarán las operaciones en grande escala en el frente oriental.

Otra consideración confirma esta creencia. Gracias a sus excelentes y abundantes vías férreas y a las nuevas que han tendido en Curlandia, Polonia y Galizia, los austro-alemanes poseen grandes facilidades para mover sus tropas rápidamente y llevarlas de un punto a otro, ventaja que niega a los rusos su pobre red ferroviaria. En el frente occidental, el equilibrio a este respecto está casi asegurado, siendo en todo caso los franceses los más favorecidos, por tener la línea interior.

Es probable que no sea ajeno a estas consideraciones el traslado del ejército ruso que se había concentrado en la frontera rumana, a otro lugar que se desconoce, lo cual indicaría que Rusia se da clara cuenta del peligro y se apercibe contra él.

Finalmente, como la campaña en el Este no terminó más que en la región central, ha de inferirse que los alemanes, persistiendo en la defensiva en Francia, tardarán en reanudar su ataque a Rusia el tiempo estrictamente indispensable para que el ejército turco esté en condiciones de obrar vigorosamente en el Cáucaso y Persia.

El estudio no queda completo en realidad, porque en él sólo se han tenido en cuenta los factores externos, únicos que desde tan lejos pueden apreciarse con relativa exactitud. Hay otro, de índole moral, los deseos de paz que pueda abrigar cualesquiera de los pueblos beligerantes o el estado de desaliento de uno de los ejércitos, que aconseje la modificación de aquel plan. Ninguna de las naciones en guerra ignora esos datos psicológicos, capaces de imponerse a los estratégicos y prevalecer sobre ellos. Lo poco que se vislumbra de los mismos contribuye a robustecer la creencia de que será otra vez en Rusia donde vuelva a encenderse la gran guerra.



## V.—La acción de los aliados contra la expedición de los alemanes a Oriente

Los recientes desembarcos en Kavalla, Castellorizzo y, al parecer, en otros puntos, confirman que los ingleses se preocupan seriamente de la enunciada expedición turco-alemana contra el canal de Suez y Egipto. Ni les falta razón para intranquilizarse, ni se descuidan en prevenirse contra el peligro, no manifestado hasta ahora.

Todo esto estaría muy bien si los medios empleados estuvieran en armonía con los objetivos propuestos. Cualesquiera que sean aquellos, tomen parte pocas o muchas fuerzas, aparece bien claro que los ingleses se proponen amenazar, con la cooperación de los franceses, la línea de operaciones que desde el Danubio, por los Balkanes y Siria, se dirige al canal de Suez, y a este efecto ocupan puntos en el flanco de la misma, bien para retener fuerzas enemigas—finalidad de escasos resultados y de más sacrificios que ventajas—, ya para tomarlos como bases y pronunciar ataques.

Para que este plan fuera eficaz sería menester que los puntos elegidos fuesen muy pocos, que se prestasen a la formación de una base eventual, que se hallasen a corta distancia de la línea de operaciones enemiga, y que el ataque, empeñado con fuerzas considerables, tuviese lugar con rapidez, antes que el adversario se apercibiera a la defensa. Kavalla es un lugar mejor elegido que Salónica, pero por hallarse cerca de Turquía permite a los búlgaros y turcos vigilarlo eficazmente, llevar prestamente tropas a él, si los acontecimientos lo aconsejan, y necesitar un fortísimo ejército, del que carecen los aliados, para intimidar seriamente al enemigo. Cuando el punto de desembarco se encuentra casi en el corazón del país adversario, la estocada puede resultar mortal, a condición de que en la empresa tomen parte las fuerzas suficientes; si falta este requisito o se pierde tiempo—que para los efectos de las operaciones es lo mismo—, el invadido reunirá, si lo estima oportuno, un ejército de observación y la expedición fracasará; y no es menester que ese ejército sea más numeroso que el invasor, toda vez que éste habrá de guardar su base y su línea de operaciones, distrayendo no pocos soldados, mientras que el defensor, por operar en su territorio propio, no tendrá que observar tantas precauciones y se encontrará en estado de lanzar toda su gente a la batalla. Los desembarcos en países bien organizados militarmente están condenados de antemano al fracaso, a menos que se ejecuten tan de improviso y con tantas fuerzas, que pueda esperarse la conquista de algún punto vital o de extraordinaria importancia sin tropezar con fuerte oposición.

Nada de esto se ha verificado en Kavalla y Castellorizzo. El primer paso lo dan los aliados con presteza y sin titubear, pero enseguida se detienen y dan tiempo al adversario para ultimar sus contramedidas. La experiencia de Gallípoli, repetida después en Salónica, debió de ser decisiva, pero no lo ha sido. Tendría que repetirse lo que dije en una *Crónica* anterior, sobre la manera como se ejerce la iniciativa en los dos campos: la alemana va precedida por una perfecta preparación y la acompaña una resolución perseverante; la de los aliados parece hija de la im-

presionabilidad, semeja un relámpago, cuyo brillante fulgor se apaga en el acto.

Los desembarcos en las costas búlgaras y de Tracia no interrumpirán, ni siquiera entorpecerán, la expedición de los turco-alemanes a Egipto y a Mesopotamia, y deparan a los austro-alemanes la inmensa ventaja de inmovilizar en teatros apartados fuerzas enemigas muy superiores a las que ellos emplean. ¡Qué más desearían los Imperios centrales sino que los millones de soldados aliados atacaran a búlgaros y turcos!

Los medios, hoy como siempre, no corresponden a los fines; varios días han transcurrido desde los desembarcos mencionados, y no se sabe que a ellos haya seguido una marcha atrevida hacia el interior o una operación formal. Se diría que su único objeto es el de ocupar puertos y bahías, que se atrincheran y organizan defensivamente apenas ocupados: meros alfilerazos que apenas molestan al enemigo, después de pasada la grave crisis de los primeros ataques en Sed-el-Bahr, en la punta S. de Gallípoli.

Poco partido han obtenido los aliados de su total dominio del mar; unas veces por no haber visto el punto vulnerable, y, más frecuentemente, por no atreverse a herirlo, la iniciativa naval no ha concertado con la militar y ha quedado relegada a un puesto secundario; sus consecuencias casi no se han traducido más que en desventajas y descalabros para el ejército, al que se dispersa sin utilidad fuera de los teatros más importantes, o se le empeña tardíamente y cuando ya no puede hacer nada.

Asombrosa expedición la de los alemanes a Oriente, pasando antes por Serbia, aplastada, y a través de Bulgaria y de Turquía; sin tener un solo barco en el Egeo, no vacilan en marchar cerca de la costa, supeditándolo todo y exponiéndose a los mayores riesgos—a los que oponen una suprema previsión,—si al fin del camino se encuentra la esperanza de asestar un golpe mortal al adversario.

Las acometidas de flanco en las costas de los Balkanes y del Asia Menor, y hasta la misma invasión de Mesopotamia, son meros paños calientes que no pueden remediar una dolencia que necesita una arriesgada operación quirúrgica. No son aquellos los lugares de donde venga un cambio en el curso de la guerra; los indicados son más asequibles y están más cerca de las bases naturales.

Recuérdese la insistencia con se ocupaban los periódicos ingleses en la probabilidad de un desembarco alemán en Inglaterra, tema que todavía aparece de vez en cuando; imaginemos que los términos estén invertidos y que Alemania ocupara el lugar de Inglaterra: ¿habría quien pusiera en duda el plan que aquella se hubiera propuesto? Los invasores de Bélgica no habrían llegado a las costas del mar del Norte, y si por cualquier motivo las hubiesen dominado, no tardara en sobrevenir un tremendo contraataque bajo la protección de la sin rival escuadra propia. Este es el lugar propio para paralizar los movimientos de los alemanes hacia Oriente: Todas las tropas británicas disponibles, con más las últimamente instruidas, en Flandes, desarrollando un ataque a todo trance, sin reparar en sacrificios, a la vez que un desembarco cerca de Ostende, amparado por el fuego de todos los barcos de combate, desplegados frente al litoral. Este plan hubiera sido



el más temible para los alemanes y pudo haberse realizado hasta abril o mayo del año pasado, cuando los invasores aún no habían terminado los preparativos conducentes a oponerse a él. Pero los ingleses no se atrevieron y, una vez más, perdieron el tiempo y la ocasión. Todavía ahora, si llevasen a la costa belga y a Flandes los 600,000 hombres que tienen en Oriente y los 200,000 de la metrópoli, reunirían una masa de millón y medio o cerca de dos millones de hombres, que pondrían en grave aprieto al enemigo y le obligarían a llamar a Bélgica todas las fuerzas no directamente empleadas en los otros teatros. ¿Obrarán así los ingleses? No, a juzgar por los antecedentes.

A Rusia compete, en segundo término, contrarrestar los planes de los alemanes en Oriente. Si abandonara las esperanzas, más quiméricas que fundadas, de recobrar el terreno que ha perdido en Europa, y aplicara el principio de la retirada sistemática al N. del Pripet, podría enviar un millón de hombres al Cáucaso, invadir Persia y Turquía Asiática, y desquitarse allá de los fracasos sufridos en Occidente; no sería menester más para que los turcos se desentendieran del Canal de Suez y prescindieran de la Mesopotamia. Pero Rusia no quiere ceder un metro cuadrado de territorio europeo a cambio de diez metros en Asia, y tampoco está dispuesta a sacrificarse por sus aliados mientras éstos no den el ejemplo.

De esta suerte, la falta de unidad en la dirección y en la acción, consecuencia de la divergencia de intereses, ha sido causa de que los alemanes no encuentren obstáculos en el camino emprendido hace tres meses. Se pretende atacar el mal en sus manifestaciones, no en sus raíces, y los resultados son fáciles de prever.

#### VI.—La situación el 7 de enero de 1916

A consecuencia de una explosión interior, se ha ido a pique el crucero acorazado inglés *Natal*, de 13,550 toneladas; fué construído en 1905, y estaba armado con seis cañones de 23.4 centímetros, cuatro de 19, 22 de 4.7 y tres tubos sumergidos de lanzar.

La guerra, casi paralizada, languidece en Francia, frente austro-italiano, Mesopotamia, Macedonia, Gallípoli y Curlandia y Polisia. Sólo en la región

meridional del teatro ruso se combate con gran violencia.

En el sector de Czartorisk y en casi toda la línea del Strypa, los rusos están desarrollando una enérgica ofensiva hace diez días. Los combates más duros, en los que han empeñado los rusos la masa principal de sus fuerzas, son los reñidos en el bajo Strypa, el Dniester y la frontera de Besarabia. Afirman los austriacos que todos los ataques han sido rechazados, y los rusos anuncian que se han apoderado de algunas posiciones y trincheras, sin citar nombres. Después de tantos meses de guerra, no hay ya dificultad en interpretar los partes oficiales de los cuarteles generales, y puede afirmarse que la ofensiva rusa, ejercida con grandes contingentes, ha sido un fracaso más. Dada la fuerza de resistencia de las líneas opuestas, tanto en el frente occidental como en el oriental, cualquier intento de ruptura que no tenga éxito casi inmediato ha de considerarse abortado, porque el defensor reúne en los puntos amenazados las reservas necesarias; esto es lo ocurrido en el Strypa y Dniester, como antes en muchos otros puntos. Es de notar el hecho de hallarse tropas alemanas junto a la frontera de Besarabia. Estas batallas están dando lugar a los comentarios más diversos, algunos inverosímiles, y se las relaciona con la paralización de las operaciones germano-búlgaras contra Salónica.

Se impone, por consiguiente, un examen algo detenido de la situación general en los teatros del Este, labor no difícil si se tienen presentes los hechos militares que han acontecido en los últimos diez y siete meses, y que demuestran que los dogmatismos en la guerra son funestos; la oportunidad y la realidad deben de prevalecer siempre sobre principios que, para ser eficaces y merecer su nombre, han de interpretarse con cierta elasticidad y sin extenderlos fuera de los teatros donde han de aplicarse. El tema requiere un espacio que ahora no tengo, por lo cual lo aplazo para la *Crónica* siguiente, limitándome a exponer ahora mi opinión resueltamente contraria a la de quienes creen que la acción última de los rusos ha repercutido en los Balkanes y en Asia.

JUAN AVILÉS  
Coronel de Ingenieros

7 de enero 1916.